

Obra de teatro: **Fluffy bunnies**

(Apropiación de un cuento para infantes)

Jorge Fábregas

Teatron2001@yahoo.com.mx

Personajes:

Laura

Max

Jardinero

JARDINERO: Aparecen los dibujos más candorosos de conejitos saltando entre las florecitas, el texto está en inglés, lo mandé traducir, sucede que el mercado es más movido allá en gringolandia: *See the fluffy bunnies. They love to play all day. Bunnies come in lots of colors. Some are white and black and brown.* Aunque yo no sea gringo lo puedo traducir: "Mira los conejitos de peluche. Les encanta jugar todo el día. Los conejitos tienen muchos colores. Algunos son blancos y negros y cafés". Frases cortas, sencillas, cualquiera las puede entender. Hay otras frases, parlamentos, llamémoslo ruido que se mete en el libro, pero hay que concentrarse, fijar la atención en las frases del texto de los conejitos, no dejarse engañar por lo que está fuera de tono.

MAX: Vestidos siempre de tienda de autoservicio. Cabello recogido, dos largos rulos se fugan de esa prisión de implacables pasadores que enmarcan su cara de mejillas demasiado coloreadas (dicen que se las pellizca, pero realmente se las pinta de más, probablemente no podría reventarse ningún vaso sanguíneo, es anémica). Gafas de plástico, grandes, pasadas de moda, las cuales se pone cuando tiene que ver algo importante, o escuchar, porque ella también se pone los lentes para escuchar mejor. Zapatos que no dan el gatazo, accesorios como bolsas y cinturones, que tampoco dan el gatazo. Aretes en forma de gota que suenan cuando ella camina. Tiene varias voces, o tonos de voz, con el cura habla con un acento andaluz mal imitado; con su mamá su voz se escucha más aguda, y cuando habla conmigo, la enronquece un poco, y además se pone seria, circunspecta. Camina poco, no hace ningún tipo de deporte, a veces ve televisión y le encanta hablar de los demás, está más cerca de los cuarenta que de los treinta. Poco le queda de esa niña amazona que fue, según sus relatos, de esa niña silvestre y salvaje que conocía de pe a pa la campiña de por aquí, la niña jinete y campeona de tiro, experta en cazar conejos. Podría describirla un poco más, pero creo que con eso basta para que se entienda mi confusión. ¿Cómo es posible que una mujer así tenga un mal propio de jovencitas o de modelos? Se niega a comer, la alimentamos

casi a la fuerza a través de un catéter que tiene conectado a su estómago. Aunque tal vez —y esto me lo he dicho a mí mismo sólo en algunas ocasiones—, tal vez lo que la tiene así de enferma son sus labios y sus caderas, porque si los separamos del todo, podrían estar colocados en el cuerpo más hermoso del mundo, de esos que aparecen publicados en revistas, de esos que tienen las modelos y actrices que precisamente tienen anorexia. Tiene nalgas y labios de modelo, por eso está enferma de lo que está. Ah, paradójicamente, se come algunas letras cuando habla.

LAURA: No, Max, nada de jugos.

MAX: Pero ya te lo estabas tomando.

LAURA: Pues ya no. Te lo agradezco de verdad, eres muy gentil, ¿te he dicho que eres muy gentil?

MAX: Mira, es de pera.

LAURA: No.

MAX: Se te va a reseca otra vez la boca.

LAURA: Agua simple sí, sólo para hacer gárgaras.

MAX: Tienes que volver a educar a tu organismo para que coma desde la boca, sabes que tiene que ser así.

LAURA: Sólo agua, Max, y le doy un trago.

MAX: Dos al menos, el fuego te va a sofocar.

LAURA: Uno.

JARDINERO: De veras no es necesario que estén aquí, yo puedo cubrirlos. Además no tardan en llegar los otros a los que les toca.

MAX: Las mangueras están tendidas, pero no veo a nadie, no creo que venga nadie esta tarde.

LAURA: Somos bomberos voluntarios, este pueblo nos necesita; tenemos que apagar las llantas, es lo que nos toca.

MAX: Un rato más, pues.

JARDINERO: Entonces, ¿no vendrá nadie más a ayudar?

MAX: No creo. Los Andújar ya se fueron.

LAURA: ¿Hasta los hijos?

MAX: Todos.

JARDINERO: Los demás han de tener miedo.

MAX: ¿Y quién no?

JARDINERO: Por eso, váyanse a casa, yo me quedo aquí.

LAURA: Este es nuestro turno, no hay bomberos, lo correcto es contribuir para terminar con este incendio de llantas.

MAX: Parece interminable.

LAURA: Chamaquitos ociosos que prenden los basureros.

JARDINERO: Ya tampoco hay chamaquitos, estas llantas las prendieron ellos.

LAURA: ¿Para qué?

JARDINERO: No lo sé; la mayoría de las cosas que hacen no tiene explicación, no se entiende. Váyanse, yo cubro su turno.

MAX: Te digo, Laura, que alguien se quiere burlar de mí, nada más escucha el contenido de la carta.

Estimado Maximiliano García Ontiveros:

De verdad no podía creerlo, después de muchos años en los que intenté contactarlo, y de otros tantos años en los que lo di por perdido y abandoné mi búsqueda, me encontré con su nombre en esta red social de internet, se le mencionaba en un consultorio de homeopatía en el poblado de Talas. Así que comencé una investigación algo detectivesca para encontrar su dirección de correo electrónico. Ya lo sabe, prefiero el recurso antiquísimo de escribir a mano una carta, que usar el internet para mandar mensajes

personales, pero como en este caso sólo tengo la referencia del pueblo en el que vive, pero no la dirección exacta, decidí escribirle por esta vía electrónica, espero que no le moleste mi atrevimiento.

El propósito de esta breve carta (la primera de muchas, eso espero) es para comunicarle que no lo he olvidado, ¿cuántos años han pasado desde la escuela secundaria 29? ¿Treinta y cinco? No lo sé, le prometo hacer mejores cálculos en la próxima carta, lo que pasa es que en este momento me embarga la emoción, y de verdad que escribo casi sin pensar. No sé qué ha sido de su vida, Maximiliano, yo le puedo decir que la mía ha transcurrido con normalidad, me casé, me divorcié y me volví a casar; mis padres murieron hace unos dos años. Estoy ansioso por saber qué ha sido de su vida. Max (¿puedo tutearte nuevamente?), sé que tú tampoco me has olvidado, eso sería imposible.

Jesús Landeros

LAURA: ¿No podría haberse equivocado de destinatario?

MAX: Escribe mi nombre completo, tiene conocimiento del trabajo que hago, sabe a qué secundaria fui. No, esto tiene que ser una broma, de las pesadas.

LAURA: ¿Cabe la posibilidad de que pudieras haber olvidado a este tal Jesús?

MAX: No, no. Es una broma, eso es todo.

LAURA: Pues a mí me parece muy formal, lo único que se me ocurre que puede estar pasando es que te haya confundido con otro Maximiliano.

MAX: ¿Otro Maximiliano García Ontiveros en la Secundaria 29?

LAURA: Bueno, no se me ocurre otra cosa. Contéstale, dile que se equivoca.

MAX: Esta bien. Señor Jesús Landeros, dos puntos, no soy el Maximiliano García que usted cree. Lo siento mucho.

LAURA: ¿Eso es todo?

MAX: Así es. ¿Y eso? ¿Son cohetes?

LAURA: Eh...

JARDINERO: Mejor nos tiramos al suelo.

MAX: ¿Son disparos? Todavía no me acostumbro a su sonido.

JARDINERO: Estos son más continuos, mecánicos, los cohetes sólo explotan.

LAURA: Te lo he dicho, ráfagas de ametralladora.

MAX: Pero también he escuchado detonaciones como las de tu rifle de caza.

JARDINERO: No sería práctico, ellos no usan esos rifles, estás confundido.

LAURA: Nadie dispararía con un romántico rifle de caza, sus armas son vulgares máquinas de matar, ametralladoras rusas.

MAX: Cazar conejos no es romántico.

LAURA: Es noble, persigues a tu presa y de un solo tiro tienes la cena del día siguiente, eso decía mi papá. Pero ya sé que eso de la caza no te gusta a ti que eres ecologista, no discutamos otra vez.

JARDINERO: Es sólo un arma, no hay respuesta, parece una ejecución.

LAURA: ¿Otra más? ¿Pero quieren acabar con todo el pueblo? ¿Por qué?, carajo, ¿por qué?

MAX: Ya terminó... No, hablé antes... Otra vez los disparos... ¿Ejecutar a alguien con dos mil tiros?

LAURA: Por favor, que ahora no echen granadas.

JARDINERO: Nadie los persigue ahora, por eso no hay granadas, no se tienen que defender, simplemente matan. Silencio. Es seguro que una de esas detonaciones mató a alguien.

LAURA: Uno más.

JARDINERO: Ella dice uno más, y escucho ese tono de voz del que me enamoré. He vivido creándome bonitas historias, algunas carnavalescas, otras, como con Laura,

románticas. Antes de casarnos le puse encima una historia, ella era mi personaje modelo, la construí y reconstruí cuando se me desmoronaba al chocar con la realidad que contradecía los nudos de mi drama, el hilo de mi novela. Y así ha sido mi vida, una continua narración donde yo soy el espectador, el público. Lo malo es que se me acaban las ficciones, soy incapaz de crear secuelas, cuando la historia se acaba, se acaba, no soy partidario de alargar el desarrollo del personaje en la trama, no puedo, en eso soy intransigente. Por eso se acabó mi matrimonio con Laura; de mi parte al menos, agoté su personaje, no le pude crear nada más, porque estaba terminado, así de simple, y se acabaron las historias que le puse encima, nada de minificciones detrás de sus besos, nada de suspensos entre coito y coito. Descifrado cualquier nudo dramático, me la aprendí de memoria y al final resultó ser aburridísima como esposa, telenovela de las malas. Pero como amiga, o más bien, como protegida, lo admito, todavía le encuentro un regusto agradable, tengo una misión con ella. Soy escritor, guionista frustrado de cine, pero creo que tengo futuro con los libros para niños, hablo de esos libros elementales. También soy jardinero paisajista, de los jardines ha salido la mayor parte del dinero que he ganado en mi vida. No tengo nada que hacer en este pueblo en el que ya nadie poda su pasto, ni le pone piedritas o cascadas a su jardín, estoy de más. Sólo me quedo para proteger a Laura, no soportaría que la mujer con el tono de voz de la heroína que me inventé muera como tantos otros.

MAX: Ya verás que la gente se volverá a interesar.

JARDINERO: ¿En qué?

MAX: En eso de las piedritas y las cascadas en su jardín.

JARDINERO: Hay que hacer un profundo análisis de los personajes:

Bunnies have long ears. They have puffy tails.

Bunnies have nests made of grass.

The grass is soft and sweet.

“Los conejitos tienen orejas largas. Tienen colas esponjosas.

Los nidos de los conejitos están hechos de hierba.

La hierba es suave y dulce”.

LAURA: Golpes estruendosos en el portón de la casa, despierto, cada golpe lastima mi pecho como si me inyectaran bombazos de adrenalina. Mi corazón late desbocadamente, palpar doloroso, doloroso. No quiero quedarme callada como las otras noches, estoy enojada, ¿no puedo dormir tranquilamente en mi casa? ¿No puedo vivir en el pueblo de mis padres, de mis abuelos, de mi infancia? ¡Váyase a la chingada! ¡No le voy a abrir ni a usted, ni a nadie! ¡Es mi casa y quiero estar aquí tranquila! ¡Váyase usted a su casa y espero que nadie lo moleste como lo hace usted!

MAX: Sí, los siguió insultando, increíblemente ellos no rompieron la puerta, no dispararon. Le dijeron: “Doña, ocupamos su casa, mejor váyase ya, Doña, cuando regresemos no vamos a ser tan buenos”. E increíblemente se fueron, Laura los corrió, ¡tamaños huevos de mujer! Casi nos desmayamos por el susto, hice un preparado de stramonium para tranquilizarnos y un té de boldo para evitar problemas hepáticos, ella aceptó darle unos tragos. Y después dormimos bastante bien y hasta muy tarde.

JARDINERO: Tenemos que irnos, hay que llevarnos a Laura, Max.

MAX: Ella está muy confundida, creo que está en shock por lo que está pasando. También está enojada.

JARDINERO: Y asustada, hay que aprovechar que tiene miedo. Tienes que convencerla de dejar la casa. Voy a platicar con el capitán para que nos diga cuál es el mejor momento de partir.

MAX: ¿El capitán? La policía está con ellos, tú lo sabes.

JARDINERO: Claro, pero me debe algunas, al menos nos podrá orientar de alguna forma. No salgan para nada.

MAX: ¿Sabes qué me dijo el Jardinero?, que los Andújar no se fueron.

LAURA: ¿Entonces?

MAX: Los mataron.

LAURA: ¿A todos?

MAX: A todos.

LAURA: ¡Hijos de puta! ¡Conocía a toda la familia desde niña! Crecí con ellos.

MAX: Lloro, llora de verdad, no es berrinche, está muy dolida, me dan ganas de llorar a mí también, es un acto reflejo al verla llorar, me duele su tristeza. Lloro un poco y estoy a punto de preguntarle si precisamente uno de los muchachos Andújar fue su novio en la adolescencia, pero no puedo ser tan estúpido como para mostrarle que estoy celoso porque está llorando por un ex novio muerto. Soy un cretino, siempre lo he sido, ahora sigo triste porque llora, pero estoy un poco feliz porque ya no existe uno de sus novios, ya no existe uno más con el que me pueda comparar, ya no existe una tentación para ella que significara un rompimiento conmigo. Soy un pobre imbécil, mediocre y celoso.

LAURA: Siguen reuniéndose en el atrio de los Pereda, ¿verdad?

MAX: No lo sé, yo creo que sí, porque he escuchado las mismas voces y música de otras noches, y provienen justo de la esquina, la casa de los Pereda.

LAURA: Se apropian de casas centenarias para gritar sus vulgaridades. Los Pereda sí se fueron, ¿verdad? A ellos no los ejecutaron.

MAX: Ellos se fueron desde antes. Don Pepe siempre me pareció un tipo muy inteligente, no puso en riesgo a su familia. Ah, ya me llegó otra carta en internet.

LAURA: ¿Es de tu enamorado?

MAX: No digas eso, es de otro señor.

Jesús y Max:

Yo soy el verdadero Maximiliano García, pero no Ontiveros, sino Viveros. Jesús, realmente me sorprende que hayas confundido mi segundo apellido y que por eso tuvieras que molestar a Maximiliano García Ontiveros, que también estuvo con nosotros en la Secundaria 29, pero en otro grupo, creo que en el "a". Afortunadamente, Jesús, esto ha servido para saber de ti y entrar en contacto nuevamente contigo. Una disculpa, tocayo, no te volveremos a molestar.

Atentamente:

Maximiliano García Viveros, el único y verdadero.

MAX: Eso Explica todo, por favor, ya no vuelvan a molestarme. Saludos.

LAURA: ¿Otra vez les contestas tan poquito?

MAX: Pues sí, no hay nada más que decirles, son dos personas desconocidas.

LAURA: Te enojaste, ¿verdad?

MAX: ¿Por qué me iba a enojar?

LAURA: Por la broma que te hice, por lo de tu enamorado.

MAX: Sabes que no tengo sentido del humor, perdóname.

LAURA: No, discúlpame tú.

MAX: Tú me perdonas y yo te disculpo.

LAURA: Está bien.

MAX: Tienes que comer.

LAURA: No empieces. Y no le llames "comer".

MAX: Hoy no has probado bocado.

LAURA: No digas "probar", no lo llames "bocado". No lo llames "comer".

MAX: Pues lo que sea. Ya molí manzana y zanahoria, eso siempre te cae muy bien.

LAURA: Demasiada azúcar, eso no es bueno, ¿no ves que voy de susto en susto?

MAX: Precisamente por los sustos, si no has comido nada, aunque sea pura fructuosa te viene bien, si no lo co..., si no lo pruebas después te vas a estar desmayando. Y... Laura... de verdad nos tenemos que ir.

LAURA: Es mi casa.

MAX: O tu vida. Ya no hay de otra, Laura.

LAURA: Talas se va a quedar deshabitado, ¿qué comercio queda? A todos les pedían cuota, o les robaban la mercancía, ya hasta cerraron el depósito de cerveza. Ellos ven donde están las personas productivas y pacíficas y sin pensarlo las exprimen. Estos criminales hasta estúpidos son, si quieren ganar dinero robando, no pueden correr o matar a todos los que roban. Acaban con el ganado de donde comen. Secan todo a su paso, depredan y después ellos mismos se quedan sin su renta, hasta un virus tiene más neuronas que ellos, porque saben que si matan a su víctima mueren ellos mismos. Son estúpidos, malvados, claro, lo sabemos, son desalmados; pero, principalmente, Max, son estúpidos, profundamente estúpidos.

MAX: Esto va a ser un pueblo fantasma, como tantos otros. Lástima por el zocalito que es tan pintoresco, y por sus calles, y por nosotros.

LAURA: Es mi casa, y tengo que dejarlo todo, no puedo acostumbrarme a la idea. Sí que los odio.

MAX: Tal vez sea por un tiempo nada más... ya se tardó el Jardinero.

LAURA: Ya se tardó mucho. Está a punto de oscurecer, no nos podemos ir así, ahora.

MAX: Nos vamos a llevar sólo lo fundamental, después podremos mandar un camión de mudanza, ahora lo importante es que estemos a salvo, estés a salvo. Eso es lo que queremos, él y yo.

JARDINERO: Dicen que su familia es una de las fundadoras de Talas, así que su sangre ha estado por aquí desde siempre, pero cuando regresó, yo ya estaba con Laura, y él parecía un fuereño, venía dizque de estudiar homeopatía en Guadalajara y en el Distrito

Federal, traía costumbres ciudadinas, o al menos eso decía; casi patizambo, gordito genético que gusta ponerse camisas que resaltan sus pechos flácidos y demasiado grandes, como de señora espantosa; con su bigote de mosca ridículo que no recuerda a Hitler, tal vez porque su cara es redonda como concha blanca de panadería y su expresión es la de un hombre bueno. Max seguramente es un inútil, pero es bueno. Por eso, cuando llegó a convertirse en el homeópata de cabecera de Laura, no me sentí mal. Y tampoco me importó cuando se quedó con Laura, porque ella para mí ya era ese cuento trillado del que he hablado. Ahora es su enfermero y esposo, aunque sus cualidades de acompañante han devaluado sus otros dos cargos. La homeopatía que hace no ha servido para que Laura vuelva a comer, pero a ella le gusta tenerlo cerca, no es que él la haga sentir segura, es que ella se siente mejor si tiene alguien a quien proteger, sí, porque Max cree que la protege a ella, pero en esencia es al revés. Yo tengo que cuidar de ambos, lo siento como una obligación.

LAURA: ¿Por qué tardaste tanto?

JARDINERO: No fue fácil encontrar al capitán, me dijo que, efectivamente, lo mejor es que ya nos vayamos de aquí, y mientras más rápido mejor. A ellos les gusta esta casa para guardar mercancía, especialmente les interesa su portón alto, donde pasan hasta camiones. Y están enojados contigo, Laura, no les gustó que les gritaras, si te tenían algún respeto por lo que hizo tu papá en este pueblo, están a punto de perderlo.

LAURA: Míralos, asesinos, pero de piel delgada. Claro, sólo se atreven a enfrentarse cuando están acompañados de otros asesinos. Y el capitán también es un asesino, lo sabes, en lugar de combatirlos, hasta los protege, eso lo convierte en lo mismo. Al principio, cuando los del ganado levantaron las denuncias, aparecieron muertos a los dos días con las hojas de las denuncias clavadas en sus frentes.

MAX: Tú dices cuando nos vamos.

JARDINERO: Esta noche no podrá ser, el capitán dice que la salida va a estar vigilada.

Mañana a media tarde nos vamos, el camino estará libre.

MAX: ¿No van a venir esta noche?

JARDINERO: Parece que no.

LAURA: ¿Siguen reuniéndose en el atrio de los Pereda?

JARDINERO: Creo que sí.

LAURA: A dormir y a esperar entonces.

JARDINERO: Hay que continuar:

Bunnies have long whiskers. Sometimes their little noses twitch!

Traduzco: "los conejitos tienen bigotes largos. ¡Algunas veces su pequeña nariz los tuerce!"

LAURA: Las azoteas están comunicadas, sólo hay que cuidarse de los pequeños desniveles entre una y otra, de los objetos arrumbados, de alguna rata, tal vez gato, porque perros ya no hay. Alguna vez alguien puso una reja para dividir su propiedad, pero después la quitaron porque se pudrió de no servir, aquí en Talas todos somos honorables. Siempre pensé al cazar conejos que lo único que me diferenciaba de ellos era la intención, yo tenía la intención de cazarlos, y ellos, simplemente, estaban viviendo su vida en el campo, sobreviviendo, alimentándose, reproduciéndose, buscando agujeros en los árboles para tener casa, o haciendo hoyos para protegerse. Yo tenía la intención de cazarlos y ellos podían darse cuenta de que yo existía y estaba cerca, seguramente me temían, pero no tenían un plan contra mí. También imaginé que el juego podía cambiar, que un día los conejos podrían modificar su punto de vista y entonces pondrían su atención en mí, y tendrían una intención en contra mía. Es un asunto de simple cambio de enfoque. Ahí está un conejito, no ha reparado en mí, camina despreocupado con su riflote, lejos de sus otros amigos, justo frente a mi casa.

MAX: ¡Otro disparo!, odio despertar así, odio que estallen mis sueños, que detonen la noche. No se oye ráfaga, no se oyen otros disparos, ¿qué fue entonces? ¿Ejecución de un solo tiro? ¡Laura! ¿Dónde estás? ¡Laura!

LAURA: Tranquilo, aquí estoy.

MAX: Tienes agitada la respiración, ¿oíste ese disparo? Son aterradores, ¿verdad? Ya no soporto esto, ya no. Voy por el stramonium.

LAURA: Cálmate, Max, tienes que calmarte, porque necesito tu ayuda.

MAX: ¿Tienes acidez?, ¿necesitas carbón vegetal?, ¿chamomilla?, ¿qué te duele?

LAURA: ¡Calma! Escucha, afuera de la puerta de la casa hay un señor herido, tienes que meterlo a la cochera.

MAX: Soy homeópata, no doctor. No, no podemos hacer eso, luego pasará la ambulancia por él, bueno, no, no hay ambulancia.

LAURA: Tienes que meterlo, es uno de ellos.

MAX: Ah, entonces menos, no, no, no, nos estaríamos buscando un problemón, no lo necesitamos, que ellos lo recojan.

LAURA: ¡Yo le disparé, Max! Es un conejo al que yo le disparé, tienes que meterlo, yo no puedo sola.

MAX: ¡Madre de dios! Hay que meterlo entonces, ¿no te vieron? Te van a descubrir, ¡nos van a matar!

JARDINERO: Oí el disparo, pero lo que me levantó de la cama fue el ruido en la puerta de la casa. Bajé y ahí estaba Max, jalando de las botas a uno de ellos, uno muy gordo, por cierto, estaba consciente, pero herido de una pierna y de la quijada. Laura lo jalaba apenas del pantalón. Los ayudé a meterlo. Nadie nos vio, y lo sé porque nadie llegó disparando para matarnos.

JARDINERO: Hay que esconderlo aquí dentro.

MAX: ¿Y si mejor lo dejamos ir?

JARDINERO: Ya nos vio, no podemos permitir que se vaya.

LAURA: Hay que llevarlo al baño de aquí abajo, su ventanita da al patio, está aislado de la calle.

JARDINERO: Y hay que amarrarlo, ni modo, porque cuando se le quite lo aturdido va a poder arrastrarse.

MAX: Pero van a notar que desapareció, de seguro van a venir a buscarlo.

JARDINERO: Bueno, no son precisamente una familia, Max, si se llegan a preocupar no será porque le haya pasado algo, sino por temor de que haya desertado para unirse con sus rivales o para informar al ejército.

MAX: De todas formas, es muy arriesgado tenerlo aquí.

JARDINERO: No hay de otra. Lo vamos a dejar en el baño hasta que nos vayamos.

MAX: Necesito mi acidum phosphoricum. Cómo me gustaría que existieran una fórmula para aventarla al aire y así solucionar los problemas, un medicamento homeopático que no sólo curara cuerpos y mentes, sino también al mundo que está enrarecido, incómodo, hostil, enfermo, como yo.

MAX: Despierto, pude dormir otra vez gracias a la coffea. Laura también duerme, ahí están su boquita y sus nalgas de modelo de pasarela que me intimidan, y todo lo demás que es ella, cuerpo de cualquier mujer, que es lo que me tiene junto a ella. No fue un sueño, quiero comprobarlo, y ahí está el tipo ese, bien despierto, el Jardinero lo amarró y lo amordazó, su mordaza está bañada en sangre, su pierna también, pero no se está desangrando, el torniquete que le puse funcionó. Intenta hablarme con su mirada, se ve indefenso, con miedo, parece que me está suplicando algo. Que llore, que pida, no lo voy a atender, no es su momento, es el mío. Desde que el Jardinero dijo que había que esconderlo, algo se inoculó en mí, es un veneno ansioso. Nunca pude enfrentarme o confrontar a otra persona, siempre supe que eso se debía a un asunto de cuerpos. Me intimidan los cuerpos. Lo de la homeopatía fue sólo un pretexto para defenderme de los

cuerpos, se supone que los curo, entonces no pueden hacerme daño. Tengo pavor al contacto con ellos, pueden golpearme, arrollarme, infectarme; por eso cada contacto íntimo que he tenido con Laura ha sido con su cuerpo casi inconsciente, todo lo demás sólo como su doctor. Y ahora aquí está un cuerpo, inerte, amarrado, disponible, y no es un cuerpo cualquiera, es el cuerpo de alguien que podría amenazarme, es el cuerpo prototipo que siempre me ha aterrado en la vida, el cuerpo de los niños que me golpeaban, de los que han pasado encima de mí. Y aquí está, para mí, el mejor entrenamiento para vencer el miedo. Mis manos, mis pies estrellándose contra él, ¿podré golpearlo?

LAURA: ¿No vas a cuestionar lo que hice?

JARDINERO: Lo hecho, hecho está. Pudieron descubrirte, entrar y matarnos a todos, pero eso no pasó, así que lo importante ahora es sacarte de aquí e irnos. Todos necesitamos escapar. Voy por mi camioneta a mi casa, levanto algunas cosas y regreso para recoger las tuyas y prepararnos para irnos en la tarde.

LAURA: Ten cuidado, Jardinero.

JARDINERO: No, ten cuidado tú, lo importante es ponerte a salvo.

LAURA: No me interesa verme delgada, no he dejado de comer por eso; no le tengo miedo a la gordura, bueno, sólo un poco. No puedo comer. Estoy inhabilitada para deglutir. Desde que murió papá, no como. Eso lo sabe mi mamá, que se echó veinte años encima cuando me atendió por diez para que comiera, hasta me mandó a instalar un catéter contra mi voluntad. No me gustó que ella no defendiera a mi papá de la voracidad de mis hermanos, odié que aceptara que ya no había remedio para papá y que por lo tanto, lo mejor era no hacerle la lucha para meterlo a un hospital, para pagarle tratamientos, detesté que dejara pudrir a papá en casa, sin intentar nada más, para proteger el patrimonio de los machitos de la camada. Desde entonces no quiero comer, no me entra nada. Por eso se acabó mi matrimonio con el Jardinero, él, a pesar de que

podría ser un héroe, nunca se enfrentó a mis hermanos, ni a mamá, respetó la voluntad de los que querían heredar en vida, de los que deseaban que no mermara su herencia. Alguien así, que puede, pero que no ejerce como debería, como todos esperamos que actuara, alguien así no me interesa como pareja, como héroe. El catéter me ha mantenido viva, mamá me mantuvo viva, y ahora Max lo hace. Mamá ya no soportó atenderme, suplicarme para que comiera, se fue cuando Max llegó, ella sabía que Max me iba a cuidar, que Max haría su labor. Max es mi esposo, pero más bien es el sustituto de mamá, me acompaña. Lo respeto por eso.

MAX: Gracias.

JARDINERO: Hay bruma en esta mañana y un viento ligero aleja el humo del incendio, podría ser la descripción perfecta para el exterior de una secuencia de alguna de las películas que nunca filmaré. Amo los amaneceres de Talas cuando son así, pero hoy no puedo amar nada de esto, más bien siento miedo. Tengo que caminar rápido para llegar a las afueras, cargar mis herramientas de jardinero, tal vez algunos documentos importantes, y regresar lo más pronto posible para que Laura pueda salir de este lugar enfermo, hostil, en el que se ha convertido nuestro pueblo. Quiero pensar, como siempre lo he hecho, en que todo va a estar bien, en que voy a lograr lo que quiero, en que las circunstancias y los hechos se van a alinear a mi favor, en correspondencia al héroe que siempre he podido ser. Quiero pensar en eso, pero sollozo un poco, sólo un poco, y un pensamiento intruso repite lo mismo, como tonadita pegajosa, repite una y otra vez que hay personas como yo que merecerían morir de otra forma. Que alguien como yo debió haber escrito un testamento de despedida, aclarar pendientes con quien se necesite, confesar su amor y hermandad con los que uno quiere. Recomendarles que se prevengan de las plantas parásito, de los gusanos en la tierra, de las espinas de las bugambilias, de los clavos corrientes que se doblan al martillarlos, de los perros que traicionan con mordidas inesperadas, de los pasteles con demasiada grasa de la mala, prevenirlos de

cosas así. Para ser justos, alguien como yo hubiera merecido un final feliz de película gringa, de esos guiones donde aparecen personas buenas... Debí tener una cama o un sillón para dormir y morir en ellos, sin necesidad de orinarme en los pantalones al tratar de huir, sin necesidad de suplicar que no me maten, sin necesidad de suplicar que mejor me maten antes de que desuellen mi cara, antes de que destrocen mi cuerpo por dentro con patadas y culetazos varios. Alguien como yo, debería de haber muerto con el cuerpo íntegro, depositado en una caja de madera, con la tapa cerrada, eso pediría en mi testamento; no merecería este cuerpo ser exhibido en un puente, en un poste, como simple señal de advertencia de que hay que temerle al ruido sordo del malvado poderoso que puede colgar tanto cuerpo como quiera, por donde quiera, porque nadie lo hará pagar por eso. No puedo quitarme ese pensamiento intruso, ahora sólo existe él en mi cabeza. Y es entonces que los veo, a setenta o cien metros, uno atrás, otro al lado y uno más al frente, vienen por mí, a narrarme la historia de terror del jardinero que nunca regresó a casa.

MAX: Sabes que el jardinero pudo ser un héroe.

LAURA: Con su espalda anchísima, sus pectorales más grandes que los míos y sus manos fuertes para sacar las plantas de raíz.

MAX: Siempre de ideas claras que sabía expresar. Si se hubiera dedicado más tiempo a la escritura, alguna de sus historias ya sería película, o sus libros infantiles seguramente estarían ilustrados y publicados.

LAURA: Determinante en lo que pensaba y quería. Pero creo que, siempre, a la hora buena, a la hora en la que de verdad se necesitaba a un héroe...

MAX: El Jardinero no hacía lo que se suponía que tenía que hacer.

LAURA: Es una lástima porque siempre se necesitan héroes.

MAX: Una verdadera lástima.

LAURA: Como sea, no es justo que lo hayan desaparecido así, nadie merece eso.

MAX: ¿Ya lo desaparecieron?

LAURA: Sí, lo sé, ya se tardó demasiado. Se va a convertir en un cuerpo anónimo perdido como tantos otros, y nosotros lloraremos por él, y nunca se aliviará nuestro dolor, porque no sabremos qué fue lo que le pasó.

MAX: Tienes que tranquilizarte. Todavía no es tan tarde, es razonable que el Jardinero tarde un poco más... Aquí hay otra carta electrónica.

Querido Max:

A quien busco es al Max García Ontiveros, mi inseparable amigo en la secundaria. A ti, Viveros, no tengo ninguna razón para buscarte, me parece despreciable tu actitud de querer hacerte pasar por el verdadero Max de mi vida. Por favor, deja de meterte en nuestra correspondencia.

Sabes, Max, que tú eres el verdadero, el único de mi vida. Por favor, contéstame como me corresponde, como nos corresponde.

Jesús Landeros

LAURA: Me vas a disculpar, pero se refiere a ti, tú eres el Max correcto, es obvio que sigue enamorado de ti.

MAX: Seguramente está detrás algún compañero de la secundaria que vio mi nombre en la red social y ahora se quiere hacer el chistoso porque creé que soy el mismo niño a quien puede maltratar.

LAURA: Perdóname, no quise recordarte malos tiempos.

MAX: No, Laura, si no eres tú la que me enoja, ni siquiera las cartas que son cosas de niños, es todo esto, lo que está pasando. Lo que dijiste del Jardinero me asustó...

Imaginate disparándole a alguien me puso muy mal, y estoy cada minuto más intranquilo por el tipo que metimos al baño.

LAURA: Está bien amarrado, además muy herido, y nos vamos tan pronto llegue el Jardinero.

MAX: No, no es eso, es que... Necesito... Tengo una necesidad, o más bien, una ansiedad al respecto. Nunca he podido enfrentarme a nadie, golpear a nadie... Y ahí está él... Disponible.

LAURA: ¿Le quieres pegar?

MAX: Sí, lo intenté, pero no puedo, de verdad que no puedo.

LAURA: Lo sé. Eres un conejo.

MAX: ¿Qué?

LAURA: No tienes la intención de dañar, simplemente estás aquí para vivir tu vida.

MAX: Como debe de ser.

LAURA: Como la mayoría. Eres un hombre bueno, y eso está bien, pero estás indefenso ante los que sí tienen la intención.

MAX: Tomemos coffeea para dormir, Laura, y te voy a dar también acidum phosphoricum, te noto un poco alterada.

LAURA: Edúcalo, entonces.

MAX: ¿Qué?

LAURA: Al herido ese que tenemos en el baño, no puedes pegarle, edúcalo mientras estamos aquí, eso sí puedes hacer.

MAX: ¿Así como enseñarle a leer?

LAURA: Que aprenda buenos modales, civismo también, que sepa que existen reglas para respetar a los otros, ¡enséñale que no se debe meter con gente buena como tú! Dile lo que un buen conejito debe saber. Yo voy a tratar de descansar.

LAURA: Efectivamente, logro conciliar el sueño gracias a los poderosos chochitos de Max, pero el sueño es ligero, de pesadillas instantáneas y vívidas, en todas ellas aparece el Jardinero y me dice que tengo razón, que lo han matado, luego tengo un sentimiento febril de tratar de ayudarlo ansiosamente, pero no puedo, me frustró, lloro, pataleo, y nuevamente aparece el Jardinero y me dice que el capitán lo traicionó y que ya no me preocupe por apagar el incendio; y vuelvo a sentir lo mismo, lo mismo.

LAURA: Despierto, tengo taquicardia, ¿será que me estoy deshidratando?, ¿o será que mis manos tienen su corazón propio que aceleran el otro que tengo en el pecho? Porque mis manos no han dejado de moverse, frotan sus dedos, se tornan en puño, palmean, se rascan y rascan. Yo las entiendo, comprendo su necesidad. ¡Pobre Jardinero!, no tenía que ser así, pero no voy a llorar. Tomo mi rifle de caza y mis manos lo aprietan con fuerza, han encontrado el falo ansiado. Nuevamente a la azotea, noche silenciosa, apesta a humo, como siempre. Dos conejos haciendo guardia frente a la casa tomada de los Pereda. Limpio las patitas de mis lentes para que no se me vayan a resbalar a la hora buena. Ensayo mentalmente todo lo que tengo que hacer para disparar casi simultáneamente sin error.

MAX: ¿Sabías que el fuerte no necesita de un arma para hacerse entender? El fuerte es el que logra los cambios sin violencia, sin armas ¿qué eres? Te quería golpear porque nunca he podido enfrentarme a alguien, es un problema que siempre he tenido, y lo quería superar contigo, pero no tiene caso, no puedo hacer eso, y Laura tiene razón, lo mejor que puedo hacer es educarte... oh, dos, ¡tres disparos!, esa fue Laura, esa fue Laura, ¡estás loca, Laura, estás loca!

LAURA: Dos tiros limpios, en medio de los ojos, cayeron los conejos. Hubo un tercer disparo, pero no vale, quise rematar a uno, pero no tenía caso. Conejitos, conejitos, cuando están desprevenidos, sin intención, son conejitos.

MAX: ¡Van a venir por nosotros!... Estás matando personas, Laura, ¡son personas!

LAURA: ¡Son asesinos! ¡Asesinos que acabaron con nuestro pueblo! Y cuando les disparo, ¡son conejos!

MAX: Pues entonces ya estás a su altura, carajo, sí, perdón, perdón, pero ya estás a su altura.

LAURA: Me defendiendo, defendiendo lo mío, te defendiendo... ¿Ya educaste al señor ese? ¿O ya le pegaste?

MAX: No, no puedo, no puedo pegarle a nadie, me da miedo, sí me da miedo, pero principalmente no puedo hacerlo porque respeto a mis semejantes.

LAURA: ¿Hasta al que te va a chingar?

MAX: Estúpidamente sí, hasta al que me va a chingar.

LAURA: Eres un conejo que se acurruca, que se hace bolita cuando sabe que lo van a matar.

MAX: Sí, sí, ese soy. No estoy hecho para pelear, los que son como yo van a quedar extintos si a los que son como tú se les ocurre atacarnos, no nos sabemos defender.

LAURA: Contemplan cómo los que sí tienen intención destruyen todo, hasta a sus seres queridos, contemplan, tiemblan y no hacen nada más.

MAX: Así es... Por favor, Laura, ya... No quiero pelear contigo. Van a venir por nosotros, ya le disparaste a tres de ellos, van a venir a matarnos... Estás muy rara, muy rara, déjame prepararte algo...

LAURA: Quédate atrás de mí, yo los recibo, tengo buena puntería.

MAX: Por favor... Termina rápido conmigo, no quiero que me torturen. Si vienen, antes de dispararles a ellos dispárame a mí.

JARDINERO: Les puedo decir que *Bunnies make good pets*. "Los conejitos son buenas mascotas", a pesar de las adversidades, a pesar de que tarden en encontrar su lechuga, las zanahorias les gustan, pero no tanto, es un mito eso de que les gustan mucho.

MAX: Nuevamente logramos dormir unas horas.

LAURA: No más de dos, recuerdo que los gallos ya estaban cantando y estaba despierta todavía esperando a que vinieran.

MAX: ¡No vinieron, Laura!

LAURA: Al menos por ahora no.

MAX: De haber sabido que los disparos venían de aquí, hubieran llegado de inmediato por la noche, para qué te digo, hasta granadas nos hubieran arrojado. No saben que nosotros... Que tú les estás disparando.

LAURA: Ponle suero.

MAX: ¿Qué?

LAURA: Al señor del baño, ponle suero, no puede comer por la bala. Le apunté a la cabeza, pero le atravesó la mandíbula y después le dio en la rodilla.

MAX: Te desconozco, Laura, sé que estás traumatizada por todo esto y que tu mente no encuentra sosiego, pero, ¿cómo dices esas cosas?... Y digo, lo peor, ¿cómo haces esas cosas?... Y además, te preocupas porque no puede comer, ¿y tú? ¿Te pongo suero también?

LAURA: No, yo voy a comer. En serio.

MAX: ¿Por el catéter?

LAURA: Por el catéter y por la boca.

MAX: ¿Sí?, porque tenemos avena, te puedo hacer una avena con miel y pasas, te va a caer muy bien, te va a dar fuerza, y te va a hacer pensar mejor, lo que te ocurre es que tu cerebro no está recibiendo la glucosa que necesita. Dios mío, yo también tengo mucha hambre, vaya que sí, quiero glucosa. Hay que comer, comer y olvidar, al menos por un rato. Vas a masticarla muy pero muy bien, y si después tienes cualquier molestia en el estómago, ya sabes...

LAURA: Claro, la bendita chamomilla... No se te vaya a olvidar el suero.

MAX: Claro que no.

LAURA: Sus bigotitos parecen tener vida propia, sonrían por encima de su boca feliz, todo él sonrío, hasta sus piernecitas sin desarrollar; es un niño que después de reprobado el año escolar le dan la noticia que va a ir al circo, y entonces la felicidad borra lo malo, y sólo existe en su mente la carpa, los malabaristas y los payasos. Quisiera poder tener esa cualidad, pero a mí se me queda atorado todo como salitre de agua pesada, eso soy, una vieja tubería oxidada casi sin luz de extremo a extremo, porque el áspero salitre está a punto de obstruirlo todo. Al menos todavía puedo hacer feliz a mi niño madre, a mi niño enfermero.

MAX: Nadie ha venido, ni siquiera a tocar la puerta o a insultarnos como hicieron antes. Laura dice que el Jardinero ya nunca regresará, pero lo que ha pasado en las últimas horas me pone optimista, tal vez no le hicieron nada, tal vez no nos quieren hacer nada, seguro no supieron de donde provenían los disparos, hasta es posible que Laura no les haya atinado. Yo no los vi heridos, tal vez al único que le dio fue al que tenemos en el baño. Tal vez podamos irnos de aquí, a salvo.

MAX: Te sigue doliendo, ¿verdad?

LAURA: No.

MAX: Sí, lo veo en tus ojos, te cambian con tu estado de ánimo, para mí son una vitrina de cristal. Es que te comiste cinco cucharadas de avena.

LAURA: Y por la boca.

MAX: Se te va a pasar prontito, la chamomilla nunca nos ha fallado. Mira...

Maximiliano:

Espero que no le hayas contestado a Jesús en un mensaje que yo no pudiera ver. Eres un usurpador Max, un vulgar usurpador que quiere la atención de Jesús, ¿no tienes con quien comunicarte en tu casa? ¿Nadie te habla? Eso parece, porque tu actitud parásita es la de un hombre (¿llegas a eso?) débil, solitario y muy necesitado de atención. Esta es

una discusión pública, así se hizo desde un principio. Jesús: te equivocas, él no es el Maximiliano que recuerdas, te está engañando, el verdadero Max soy yo. Por favor, dirígete a mí y no a ese usurpador. Maximiliano: ya no le contestes a Jesús, reenvíame todos sus mensajes a mí, así ya no te “molestaremos” como dices. Gracias.

Maximiliano García Viveros, el único y verdadero.

LAURA: ¿Y qué le vas a contestar?

MAX: No tengo humor para contestarles ya nada. Es una tontería que ya perdió toda su gracia, me está llamando usurpador, ¡si a mí no me interesa que se comuniquen entre ellos! ¡Si yo les aclaré que no soy quien piensan que soy!, me dijo usurpador, parásito y otras cosas, no puedo contestar eso...

LAURA: Tengo una teoría. Me parece que es verdad que estos criminales estén paranoicos. Imagínate si uno que se dice normal tiene fobias y locuras de todo tipo, estos tipos al matar a tantas personas, al meterse todo lo que se meten, al estarse cuidando las espaldas de todas las vidas que deben, de seguro están más llenos de miedo que tú o que yo juntos. Así que no es tan descabellado suponer que están pensando que quien le está disparando a sus compañeros es alguno de sus enemigos, o sea, otros criminales, o el diablo que viene a cobrarles todas las que han hecho. ¿No crees que puedan llegar a sentirse culpables y que deben algo?

MAX: ¿Y?

LAURA: Que tienen miedo, ¡los asesinos se están cagando de miedo! Y no sospechan que una mujer enferma como yo, o que un señor tan remilgado como tú los esté matando.

MAX: Define que es remilgado para ti. Es como ser muy delicado, ¿no?

LAURA: Sí, eres delicado, eso no es malo. Te vas a quedar aquí abajo, yo voy de caza.

MAX: No, no, no... Laura, estás desquiciada, no vayas otra vez...

LAURA: No saben que soy yo, eso me hace sonreír, soñar, puedo deshacerme de los que han destrozado mi pueblo, puedo deshacerme de ellos, Max, aunque sea uno por uno, pero puedo hacerlo.

MAX: No me sirve la coffeea, no me sirve ningún medicamento, tiemblo sin control. ¿De verdad ya no regresará el Jardinero?, lo necesitamos, tenemos que llevarnos a la fuerza a Laura... ¡Más disparos!... Ya reconocí el sonido de su rifle, suena un poco más apagado, menos metálico, oyéndolo bien creo que sí es menos corriente que las detonaciones de las ametralladoras, que son tan vulgares, tan terribles. ¿Fue Laura?... Fue Laura, claro que fue ella, ¡pinche Laura! Perdón...

LAURA: Hazme lugar, Max, los voy a recibir con mi rifle en la puerta si es que vienen, ya lo debes de haber entendido, es la posición estratégica.

MAX: ¿Y si vienen? No vas a poder con todos, ¿verdad que no?

LAURA: Claro que no, no soy ese Rambo. No podré con todos, pero si no se me resbalan los lentes, le puedo dar a los primeros cinco que entren, fácil... No te preocupes, Max, no voy a permitir que te hagan sufrir. Dame un poco más de avena y dame la chamomilla, porque la voy a necesitar.

MAX: Si no llegan, podemos irnos mañana al amanecer, si no llegan quiere decir que no saben que eres tú la que los está matando, si no llegan podemos irnos, no van a sospechar de nosotros. Al amanecer, Laura, otro amanecer, otra oportunidad, una más.

LAURA: Fue una buena jornada, así decía papá, una buena jornada de caza, dos tiros limpios en la cabeza de dos conejos, el tercero murió con dos tiros sucios, de esos que no dan de lleno, esos son los tiros sucios.

MAX: No paro de temblar, Laura... Ya no lo estoy soportando.

LAURA: Los podemos vencer, los estoy venciendo.

MAX: Vámonos, faltan pocas horas para el amanecer.

LAURA: Vete tú.

MAX: No te puedo dejar, lo sabes.

LAURA: Podemos ganar. Uno por uno, los puedo acabar. O se van a ir por el miedo, no saben de dónde les está llegando, ahora ellos son los que temen, ¿A quién le temen, perros? No saben quién se los está echando, ¿verdad, perros? Si el estado no puede, si los hombres que deberían defenderme tampoco pueden... Sépanlo, ¡yo puedo!, con todo y mi anemia, mis lentes de viejita, mis vestidos de señora decente, mi pinche cara inocente de maestra de escuela, con todo eso ¡yo puedo!

MAX: Laura subió a cazar, el tipo del baño ya no responde, sigue vivo, pero está inconsciente. Me falta poco para estar como él, estoy perdiendo la noción del tiempo, ¿Laura está cazando todo el día? ¿Le tengo que hacer de comer ahora? Si ya no hay nada. Tengo miedo de todo, de Laura especialmente. He querido irme solo, pero el miedo me paraliza, apenas abro el portón, pero no llego a más, no puedo. Y Laura está comiendo mejor que nunca, hace mucho que no la veía tan fuerte y viva. ¿Y si de verdad ganamos? ¿Y si logra correrlos de Talas?

LAURA: Quedan pocos, Max, ¡mucho menos de los que eran! A ver, delicadito, ven y tócame las caderas.

MAX: ¿Por qué dices eso?

LAURA: Es lo que más te atrae de mí, yo lo sé, te quiero hacer feliz, niño. Eso es, tócalas, siéntelas bien, te cuesta en un principio, porque eres delicado, pero poco a poco le pierdes el miedo a la piel de otro, a mi piel, y tocas. Y esa sensación de mis nalgas se va a quedar grabada en tus manos y en tu cabeza, aún cuando se oigan dos disparos más de mi rifle que te hagan saltar, aunque yo siga aquí en tu recuerdo, poniendo mi trasero en tus manos. Qué curioso, ¿verdad, Max? Es como si yo siguiera aquí mientras me tocas, aunque esto haya pasado hace varias horas, aunque tu ensoñación se vio interrumpida por esas dos nuevas detonaciones. Y me ves llegar hasta ti, la real, nerviosísima, casi sin poder hablar. Olvídate de mis caderas por unos minutos y

escúchame, Max, porque no me siento tan aturdida y emocionada desde que iba a cazar con papá.

LAURA: Dos tiros más, limpios los dos, ninguno sucio, Max, dos tiros. Y hoy estuvo muy aterrador, emocionante, porque a un guardia le disparé primero y cayó con el cráneo atravesado entre sien y sien. Pero que sale otro, tal vez su amante, porque se veía muy conmocionado, y yo que le apunto sin pensar y en cuestión de segundos, mi mirada estaba convertida en proyectil que le entró justo en medio de los ojos. ¡En medio de los ojos del conejo, Max! ¡Fue un gran disparo justo en el atrio de los Pereda! ¡Esos tiros le encantaban a papá!

MAX: ¿Te vio? Te estoy hablando, Laura, ¿te vio, gran... Tonta?

LAURA: En medio de los ojos, con eso, Max, nadie vive para contar qué fue lo que vio antes de morir, nadie vive con eso para contar nada, no saben que soy yo, ¡de verdad que sí se están cagando de miedo!

MAX: Ahora a paramos frente a la puerta para esperar a que lleguen. Otra vez, Laura, otra vez, ¿hasta cuándo?, ya confundo el ayer con el hoy, ya no aguanto. La violencia genera más violencia y más y más. Van a venir a matarnos, a cortarnos en cachos, a sacarnos los ojos, a quitarnos la piel. Ya basta, Laura, por favor...

LAURA: Vete a llorar allá atrás, ponte a temblar, conejito, berrea como ya lo estás haciendo, igual que los otros conejos que no saben de dónde les llueve tanto plomo tan preciso.

MAX: Te desconozco, Laura, de verdad que sí, sé que algo te afectó el cerebro, que no estás pensando bien, pero te digo que si salimos con vida de esto, no creo que pueda seguir estando junto a ti. Tendremos que hablarle a tu mamá para que ella te ayude a salir adelante, te prometo que te voy a dar todas las recetas de medicamentos, y que te voy a dar un litro de chamomilla para que nunca te falte, pero de verdad, Laura... Ya no.

MAX: Ahora a esperar otra vez, a esperar y desear que no vengan, que Laura ya no le dispare a nadie, a esperar para ganar algo de valor e irme de aquí, aunque sea caminando.

MAX:

Jesús y Maximiliano García Viveros:

Pensaba ya no contestar sus cartas electrónicas, a las que consideré como simples bromas, pero ahora te quiero decir a ti, Jesús, que de verdad me hubiera gustado conocerte, o que de verdad me gustó haber sido tu amigo, que de verdad que me gustaría estar contigo ahora, añorando los viejos tiempos, platicando sobre nuestras aventuras de jovencitos estúpidos, pero nobles. Y Maximiliano, tocayo, también quisiera estar contigo para poder decirte que no te preocupes por la amistad entre Jesús y yo, para decirte que eres un imbécil y que eres tú el verdadero Maximiliano, el de Jesús, pero que yo también puedo ser su amigo y me gustaría que estuviéramos los tres juntos discutiendo todas estas estupideces y riéndonos de las mismas. Todos en la secundaria, a salvo de aquellos que un día también tenían la edad para ir a la secundaria y que hoy matan, a salvo de nosotros mismos ahora que hemos crecido. A salvo.

MAX: A esperar más. Tengo que ganar valor, tenerlo... Valor... Y ahora Laura se para frente a mí con una sonrisa extraña...

LAURA: Se están yendo, Max. Los corrí. Están replegando su tropa, se están yendo. Los vi desde la azotea. Los pobres tienen mucho miedo y no quieren morir. Podremos irnos de este pueblo, en unas horas, con dirección contraria, claro.

MAX: Está bien.

LAURA: Los corrí, ¿no estás feliz?

MAX: Sí, pero tu voz...

LAURA: ¿Puedes hacerme otro plato de avena?

MAX: Ya no queda nada, mejor esperamos y nos vamos.

LAURA: ¿Quieres tocarme un poco más antes de irnos?

MAX: Laura, por favor.

LAURA: Sólo quiero hacerte feliz en este momento, porque, ¿cómo explicarte, Max, sin que te sientas triste o nervioso? ¿Cómo explicarte, así, tranquilamente, con calma, que cuando subí a la azotea y vi que se estaban yendo, pude percibir el miedo del animal que está siendo cazado, hasta sonreí y suspiré profundo, aliviada, pero en un instante, te juro que fue un instante, uno de ellos volvió la mirada justo hacia mí, no sé por qué hacia mí, hubiera dado lo mismo que volteara hacia el suelo, hacia otro de sus compañero o hacia el cielo, pero no, su mirada golpeó la mía, justo la mía, y yo con mis lentes chuecos, una sonrisa enorme... Y con el rifle en las manos. Ese instante fue suficiente, Max, quise dispararle como a los otros, pero se escondió detrás de la casa de los Pereda y le avisó a sus compañeros. Pude haberme quedado en la azotea defendiendo nuestra casa, disparándoles hasta que se me acabaran las balas y ellos nos destruyeran con su granadas y ametralladoras rusas, pude hacer eso, Max, pero mejor vine a cumplir con lo que te prometí antes de que lleguen ellos, por eso inventé eso de que se retiraban, hasta lo de la avena y que me tocaras, quise verte feliz en el último minuto de tu vida, Max. Cómo explicarte todo esto sin que te pongas nervioso o que sientas miedo, cómo explicártelo a ti, Max, que supliste a mi madre y al Jardinero. ¿Cómo explicártelo a ti, Max, a quien me gusta ver feliz?

JARDINERO: La ilustración final es hermosa, me gusta en especial el solecito que entra por la ventana, las grandes flores rojas como dibujadas con descuido por un niño y sus crayones.

Bye, bye, bunnies. I hope I see you again!

“Adiós, conejitos. ¡Espero volver a verlos!”